

Subrayado hasta

⑥

097/046/007

MENSAJE A LA SESION CONJUNTA DEL CONGRESO DE LOS
ESTADOS UNIDOS

=====

2. VI. 76

Mr. Speaker
Mr. Vice-President,
Distinguished members of Congress

Me honra sobremanera vuestra invitación a dirigir este Mensaje al Congreso de los Estados Unidos y a su través al pueblo que vosotros representáis.

Hace doscientos años nació en esta tierra un sistema de vida pública que habéis preservado con esfuerzo para que llegue in tacto hasta el día de hoy. Su filosofía, inspirada en el respeto a la li bertad del hombre y a la soberanía del pueblo, dió vida y forma a vues tra Nación, cuya fundación ahora celebráis y celebramos todos los paí- ses amigos. Os dirijo en nombre del pueblo de España votos sinceros de felicidad y de larga y de próspera vida nacional en este Bicentena- rio.

España no puede ser indiferente a nada que acontezca en el Continente americano, puesto que lo descubrió y trajo a él, desde 1492 y durante siglos, con sus propios hijos e hijas, la fé cristiana, la lengua española, formas europeas de vida y de pensamiento y un concepto radical de la igualdad esencial del género humano que palpita en las Leyes de Indias promulgadas por mis antepasados. La concepción española de la dignidad de la persona humana, expresada por nuestros teólogos y nuestros juristas a propósito del indio americano, modificó para siempre el derecho de gentes y sentó las bases del moderno dere- cho internacional.

Una Reina de Castilla, Isabel, de la que yo descien- do en línea directa, llevada del instinto profundo que caracteriza el al ma femenina, nombró Almirante de la Marina Española a un desconoci- do pero experto navegante, Cristóbal Colón, para que hiciera realidad sus proyectos y sus sueños. Las naves de España se encontraron con

América que les esperaba para entrar de lleno en la Historia y convertirse en pocos siglos en singular protagonista del destino humano.

Como primer Rey de España que visita los Estados Unidos, deseo tributar un recuerdo a los exploradores españoles del siglo XVI, que en menos de 50 años recorrieron en sus frágiles embarcaciones y con medios rudimentarios todas las costas atlánticas de Norteamérica, desde Río Grande hasta Cabo Bretón, y gran parte de la costa del Pacífico, remontando desde California hasta el Sur de Oregón y cruzando después el Océano hasta Hawai.

Y junto a los navegantes he de recordar también a aquellos otros exploradores que, en plazo aun más corto, se internaron por los territorios de 16 de los actuales Estados de la Unión, llegando hasta tierras de Nebraska, Kansas y Missouri, y siendo ellos los primeros hombres blancos que contemplaron el impresionante paisaje del Cañón del Colorado, y los primeros que alcanzaron las orillas del Mississipi.

Estos hombres no sacaron ningún provecho material para ellos, ni para la Corona de España. Muchos dejaron en el empeño sus vidas, agotados por la enfermedad, en lucha con las dificultades de la Naturaleza o vencidos por la resistencia de los indios. Las ilusiones, a veces, fantásticas, que les sirvieron de estímulo, se desvanecieron. Pero su empresa significa algo más que un sueño vano o una aventura intrascendente, porque realizaron su esfuerzo en beneficio común de la Humanidad. Ellos contribuyeron a romper el confinamiento continental en que los hombres vivían separados por la geografía impenetrable, y sirvieron al destino de la Humanidad de romper las barreras de la Naturaleza. El mismo empeño que en nuestro siglo ha llevado a otros hombres, dotados de la tecnología moderna, a lanzarse a la exploración de los espacios siderales.

Hoy rendimos homenaje a la fundación de la Nación norteamericana, a la Independencia proclamada en el Congreso de Filadelfia hace 200 años. Este homenaje no puede limitarse a unas frases protocolarias, porque tiene motivos históricos profundos en vivencias comunes en las que han participado nuestras dos Naciones. No sólo porque España tomó parte en la guerra de la Independencia de los Estados Unidos al lado de las Trece Colonias, sino porque ha influido también, en los siglos posteriores, en la configuración de las tierras, las gentes y las culturas que hoy se integran en la gran Nación norteamericana.

En este año del Bicentenario nos complace recordar el papel que desempeñaron los españoles y España, con sus recursos políticos, diplomáticos, financieros, navales y militares, en la lucha global cuya victoria consagró el reconocimiento de la Independencia de los Estados Unidos.

Ya la noticia de la Declaración de Filadelfia encontró en España una resonancia inmediata, y hoy podemos hacer nuestras las palabras con que uno de los mejores periodistas españoles del siglo XVIII comentó aquel acontecimiento histórico. Dicen así: "La pintura de sus quejas y agravios, el acuerdo y madurez que han reinado en su Congreso, el esfuerzo varonil con que se muestran unánimemente resueltos a hacer frente a todos los peligros.... todo parece hacer respetable y sagrada su resistencia y sus justas pretensiones".

En 1775 la Monarquía española se extendía por inmensos territorios del Continente Americano, y aún mantenía su ritmo expansivo: en el mismo año de la Declaración de Filadelfia los españoles fundaron la ciudad de San Francisco. A la vez que imprimía a las sociedades de la América hispana importantes transformaciones, el Gobierno español se dispuso a reorganizar su aparato defensivo y diplomático, reconociendo la beligerancia de las Trece Colonias y procediendo con ellas a un intercambio de misiones diplomáticas extraordinarias.

La prestación de ayuda efectiva y apoyo logístico en los primeros años de la insurrección de los Colonos, antes de la entrada de España en la guerra, se realiza por medio de la utilización de los puertos españoles del Caribe por los barcos norteamericanos y el envío de socorros en forma de equipo militar, vestuario, medicinas y dinero. Además de esta ayuda directa, alcanzó gran importancia la ayuda indirecta que representaban los preparativos bélicos que ya entonces hacía España. En Septiembre de 1777, tras la capitulación de Saratoga, España quiso evitar el choque frontal con Gran Bretaña e intentó actuar como mediadora, asegurando el principio de la Independencia de los nuevos Estados Unidos. Al fracasar este intento, España entró por fin en la guerra. En ella iba a tratar, entre otros objetivos, de recuperar Gibraltar.

La conquista del puerto de La Mobila y, sobre todo el ataque y toma de Pensacola, en Mayo de 1781, significó el triunfo de los norteamericanos en Florida y en el golfo de Méjico. Así esta victoria de Pensacola es un anticipo de la decisiva victoria de Yorktown en octubre de aquel año, en cuyo éxito les toca también una parte a los españoles de La Habana, que proporcionaron recursos económicos, necesarios para sostener la campaña.

Muy pronto la paz consagró los frutos de la victoria conjunta. En virtud de ella, los nuevos Estados Unidos de América y España entraron en vecindad geográfica. Para reglamentarla se llegó a la firma del Tratado de 27 de Octubre de 1795, cuyo artículo 1º decía así: "Habrá una paz sólida e inviolable y una amistad sincera entre Su Majestad Católica, sus sucesores y súbditos, y los Estados Unidos y sus ciudadanos, sin excepción de personas ni lugares!!".

No son sólo apoyos en la guerra y relaciones de paz las que unen a nuestras dos Naciones al consolidarse la Independencia de los Estados Unidos. España se siente ligada a la formación de la gran Nación americana por las aportaciones y vestigios de una cultura de origen español que ha sido conservada e integrada en muchos Estados de la Unión, a veces con esfuerzos y dificultades.

Mas de la mitad del territorio de los Estados Unidos engloba hoy regiones que en otro tiempo estuvieron vinculadas a España. Y en esos territorios se ha producido una síntesis de hombres y culturas, de raiz española, indígena y otras, principalmente europeas, poniendo de relieve las posibilidades de interacción y enriquecimiento mútuos, sin merma por otra parte del valor radical y originario que cada Nación tiene, y que en el caso de los Estados Unidos imprimieron desde su origen las Trece Colonias.

Esta síntesis tiene predominantemente un alcance social. Desde el Virreinato de Nueva España se extendió hacia el Norte el movimiento asentador de pobladores españoles y de misioneros entre tribus indias que entraron así en la órbita de influencia española. Cuando se produjo la transferencia de poder, la nueva autoridad americana se sintió heredada en muchas ocasiones del legado español y de sus anteriores compromisos.

De un modo particular los ciudadanos hispanohablantes de los Estados Unidos hoy en día constituyen una realidad social viva y son ellos una expectativa llena de esperanza en el futuro de este gran país.

El mapa de los Estados Unidos está lleno de centenares de nombres españoles, comenzando por la ciudad de San Agustín, fundada en 1565, que los norteamericanos consideran la más antigua ciudad de la Unión. Todos esos nombres recuerdan una historia lejana en el tiempo, realizada en un contexto de relaciones y poderes muy distinto del actual, pero que no por ello deja de ser significativa expresión de la vieja comunicación entre las raíces históricas de nuestras dos Naciones, cuyos destinos convergen otra vez en nuestros días hacia el futuro del mundo, de ese mundo que ha de ser forjado por todas las naciones libres.

Sabemos que todos los fenómenos de integración de elementos heterogéneos en la unidad nacional suscitan problemas y no son fáciles de asumir. España se ha formado en muchos siglos con elementos iberos, celtas, romanos y germánicos, y en la Edad Media fué un conflictivo crisol de razas y de culturas, musulmana, judáica y cristiana, cuya sntesis, sin embargo, ha dejado una huella imperecedera en nuestra Nación. Lo que importa es el hilo conductor de la Unidad nacional.

Para el pueblo norteamericano, el espíritu generoso de libertad que ha inspirado a sus portavoces eminentes y a sus leyes, y la ejemplar fidelidad a sus ideales por lo que siempre se ha distinguido, encierran la clave de un porvenir de creciente concordia y de nobles realizaciones.

Mr. Speaker

Mr. Vice-President,

Distinguished members of Congress.

El Rey de España es hoy el Jefe del Estado de una Nación moderna de treinta y seis millones de habitantes que, apreciando su tradición, mira con fé y con optimismo hacia el porvenir. España es hoy un país joven y renovado, en cuya población los dos tercios tenemos menos de cuarenta años. Somos una raza vieja, pero somos al mismo tiempo un pueblo nuevo, dinámico, enérgico, austero y trabajador. En un inmenso esfuerzo desarrollado en las últimas décadas, la economía de mi país sufrió una transformación profunda; nos convertimos en potencia industrial -la décima del mundo-; la explosión cultural llenó escuelas y universidades e hizo que el nivel tecnológico de nuestros trabajadores y de nuestros profesionales en general sea equivalente al del resto de los pueblos de Europa Occidental.

La evolución de nuestra sociedad no deja de ofrecer tensiones, dificultades, contratiempos y hasta violencias. Sufriremos la crisis actual del mundo, es decir que el paro, la inflación, la contracción de la demanda y los altos costos productivos figuran entre nuestras prioritarias preocupaciones de gobierno. Pero ningún obstáculo se opondrá decisivamente a que nuestra comunidad española siga adelante trabajando por la creación de una sociedad cada vez más próspera, más justa y más auténticamente libre.

La Monarquía española se ha comprometido desde el primer día a ser una institución abierta en la que todos los ciudadanos tengan un sitio holgado para su participación política sin discriminación de ninguna clase y sin presiones indebidas de grupos sectarios y extremistas. La Corona ampara a la totalidad del pueblo y a cada uno de los ciudadanos, garantizando a través del Derecho y mediante el ejercicio de las libertades civiles, el imperio de la Justicia.

La Monarquía hará que, bajo los principios de la democracia, se mantengan en España la paz social y la estabilidad política, a la vez que se asegure el acceso ordenado al Poder de las distintas alternativas de Gobierno, según los deseos del pueblo libremente expresados.

La Monarquía simboliza y mantiene la unidad de nuestra Nación, resultado libre de la voluntad decidida de incontables generaciones de españoles, a la vez que coronamiento de una rica variedad de regiones y pueblos, de la que nos sentimos orgullosos.

Haremos que la Monarquía refuerce el sentido de la familia y del trabajo en nuestras vidas cotidianas, promueva la asimilación de la Historia por las jóvenes generaciones, proporcione un renovado sentido (propósito) y una nueva dirección (leadership) a la sociedad de nuestro tiempo.

La Monarquía, vinculada desde su origen a la independencia nacional, velará en todo momento por su mantenimiento. No admitirá ingerencias ni presiones extranjeras y toda colaboración con los demás países del mundo, que España vivamente desea, habrá de realizarse desde el más escrupuloso respeto a la soberanía y a la dignidad nacionales.

Mr. Speaker,

Mr. Vice-President

Distinguished members of Congress.

España asume con decisión el papel que le corresponde en el concierto internacional. Situados en un lugar estratégico de primera magnitud, entre el Atlántico y el Mediterráneo, estamos dispuestos a poner todo nuestro esfuerzo para el mantenimiento de la paz, de la seguridad y de la libertad en tan importante región del mundo, vital para nosotros. El pueblo español anhela la descolonización de Gibraltar y su reintegración pacífica al territorio nacional.

España es parte de Europa, y en cuanto tal hemos suscrito la Declaración de Helsinki sobre la Seguridad y Cooperación en Europa, cuyos principios inspiran nuestra política relativa al Continente europeo, así como nuestro propósito de mantener relaciones pacíficas y fructíferas con todos los Estados. Al mismo tiempo, España está dispuesta a reforzar su relación con las Comunidades Europeas, con vistas a su eventual integración en ellas.

España se encuentra estrechamente ligada, por su situación y por su historia, a los pueblos del Norte de África, y ha puesto de su parte los medios necesarios para que la descolonización del Sahara Occidental se realice en paz y armonía. De ahora en adelante, España se esforzará en acrecentar su cooperación con los Estados del Norte de África para la paz y desarrollo de la región.

En cuanto al Continente americano, son bien conocidos los lazos íntimos e indestructibles que unen a España con los países de este hemisferio de su misma raza e idioma, en el que aún la llaman "Madre Patria". Yo deseo rendir homenaje hoy también ante vosotros a las Naciones independientes de la América española, a las que si vosotros podéis llamar hermanas como Repúblicas de América, yo puedo llamar hermanas como español. España siempre se esforzará, con generosidad, en cuanto pueda contribuir al bienestar y al progreso de estos

La tradición de cooperación entre España y los Estados Unidos se ha venido manteniendo en nuestros acuerdos para la defensa, vigentes desde 1953, para la protección de los valores de nuestra civilización occidental. Los "Padres Fundadores" de Filadelfia en su inmortal Declaración y en la Constitución que redactaron, establecieron un sistema democrático para preservar la libertad humana y fundar el Gobierno sobre el consenso de los gobernados. Pero hace falta también, -y vuestros fundadores no se olvidaron de señalarlo-, que el gobierno democrático sea fuerte y seguro, sin cuyas condiciones no serviría al interés general. Vosotros y nosotros conocemos muy bien los peligros que amenazan en el mundo de hoy a la libertad, y por eso nos preparamos para defenderla. El compartir con los Estados Unidos, a través de vínculos de estricta reciprocidad soberana, las responsabilidades de la seguridad, merecerá siempre nuestra preferente atención.

El espíritu de empresa, decisión y aventura de los pioneros americanos, la honda fé religiosa de la vida de los primeros colonos, aquel impulso, que hoy llamaríamos juvenil, de libertad e igualdad, que afianzó los cimientos democráticos de una comunidad basada en la discusión libre y racional de sus propios asuntos, fueron capaces de integrar en un gran país hombres del más variado origen y procedencia, y ha forjado a vuestro pueblo sobre las líneas de un ideal de genuina libertad.

Este espíritu y estos ideales, encuentran en mi País un eco hondo y permanente de vigorosa atracción y claro reconocimiento.

La libertad es esencial al hombre para su plena realización como individuo, es estímulo inigualado para su progreso económico y social, es indispensable para su desarrollo cultural. La libertad es, sobre todo, un bien espiritual que se atesora y se defiende. Toda libertad, como todo poder, vienen de Dios. Al proclamar hoy, con humildad y sencillez, al igual que vuestros propios antepasados, nuestra fé en Dios, Le pedimos su bendición para la noble Nación norteamericana, las Autoridades y el pueblo de los Estados Unidos.